



Un valor para valorarme

Ing. Ramona de Febres

En esta sección, va a encontrar material teórico y práctico sobre un valor específico. El objetivo propuesto, es que al leer cada parte del texto ofrecido, pueda hacer pequeñas introspecciones y reflexiones que le permitan evaluarse en cuanto a ese valor y por sobre todas las cosas, crecer. Crecer en el valor propuesto, para que alcance la autorrealización. Anhelamos cumplir con este objetivo y felicitaciones por intentar a cada momento ser mejor.

El valor de la Vida Humana

¡Qué tema tan difícil, pero tan apasionante!

¿Ha dedicado algo de tiempo a pensar en lo qué es la vida, su vida, la de sus seres queridos, la de sus semejantes?

¿En para qué sirve la vida, qué hace con ella? y ¿siendo la vida humana finita, que hará después de este plano terrenal?

En cuanto al origen etimológico, la palabra vida procede del vocablo latino *vita*, que a su vez proviene del término griego *bios*.

En cuanto al concepto, la vida puede definirse desde diversos enfoques. El más

conocido es el enfoque que la vincula con la biología. Desde este enfoque la vida es la capacidad de nacer, crecer, reproducirse y morir. Y se definen a partir de allí los reinos de la naturaleza en: animal, vegetal y mineral, correspondiendo los dos primeros a los seres vivos y el reino mineral a las creaturas sin vida. Y ¿en dónde se ubica al ser humano? En esa clasificación tan simple se coloca en el reino animal, haciendo la aclaratoria de que es un “animal racional”.

Creo que a ninguna persona le gusta que le digan animal. Porque si bien es cierto que los animales nacen, crecen,

se reproducen y mueren, no pueden tomar decisiones. No pueden desarrollarse, hacen lo que su programa genético tiene previsto, aunque hay entrenamientos o programaciones que logran que un elefante o un perrito caminen en dos patas. No es comparable la vida animal con la vida humana.

Cada persona es única, irrepetible, capaz de desarrollarse sin límites. Cada uno de nosotros piensa, siente y actúa de manera única. Es tan maravillosa y mágica esa unicidad que no hay ninguna persona que tenga las huellas digitales, o las pupilas o el cabello igual a otra.

Pero también hay otro elemento mágico en cómo se forma la vida humana. Un acto de amor, en la mayor intimidad posible, permite que se unan un óvulo y un espermatozoide, de cuya unión se generan instantáneamente las características únicas de ese nuevo ser, en el que en ese mismo instante Dios coloca el alma con su memoria, inteligencia y voluntad que irá desarrollando en un ambiente adecuado de relaciones y valores constituido por la familia, la escuela y la sociedad.

Ustedes pensarán... y ¿la fecundación in vitro? ¿Los niños probeta? Son más los problemas éticos que se derivan de tales

situaciones que la solución que se ofrece a quienes no puede ser transmisores de vida.

Por eso es que la vida, en primera instancia es un don de Dios. Los seres humanos somos co-creadores con él de ese misterio tan grande que es la vida y de la forma en que Él decidió que se perpetuaría la especie humana.

La vida es el valor supremo, superior a todos los demás, porque sin él, los demás valores simplemente no existen; el más valioso que tiene cada persona, es el que le da la dignidad del ser, y la dignidad como tal es un valor absoluto.

Sin embargo en la contradicción intrínseca del ser humano: “hago el mal que no quiero y dejo de hacer el bien que deseo” (San Pablo a Los Romanos), estamos inmersos en la cultura de la muerte. Desde el vientre materno hasta la eutanasia pasando por las guerras, el terrorismo, el sicariato y la violencia permanente en nuestras sociedades cubiertas de luto por la sangre derramada sin valor y sin sentido de tantos seres que mueren a diario en nuestras calles; donde las noticias de sucesos dejaron de impresionar por la variedad y cantidad de crímenes que se cometen a diario.

Y ante tan macabra realidad, ¿seremos simples espectadores, que ya hemos perdido toda capacidad de asombro o intentaremos hacer lo que esté a nuestro alcance para fomentar la cultura de la vida?

Sin duda alguna que crear conciencia sobre el valor de la vida tiene que ver con la educación integral a la que tiene derecho cada persona. Educación que en primer lugar es responsabilidad de los padres, que son los primeros modelos de vida. En la familia, santuario de la vida; es el primer espacio en el que se aprende a amar la vida, la propia y la ajena. Este amor a los semejantes se va incorporando en los pensamientos y sentimientos de cada niño en la medida en que experimentan el respeto de los padres entre sí, con ellos mismos y con las personas que les rodean; cuando la comunicación es afable y amigable sin gritos ni violencia; cuando los errores se viven como mecanismo de aprendizaje y no como faltas graves que ameritan castigos físicos; cuando se reconoce y premia el esfuerzo; cuando se modela autoridad y no autoritarismo; cuando se excluyen ofensas y palabras soeces de las conversaciones; cuando se enseñan los valores inherentes a la vida como la salud, la convivencia, la estima por nuestros semejantes, la solida-

dad, la justicia y la tolerancia; cuando se infunden valores espirituales como la fe, los mandamientos y las virtudes morales; cuando se limita el uso de internet y de las redes sociales tanto en tiempo como en acceso a información violenta y/o pornográfica; cuando se controlan los programas televisivos y el tiempo dedicado a la televisión. En este último punto hay que resaltar que los niños no pueden diferenciar entre realidad y fantasía y empiezan a ver la violencia televisiva como algo natural.

A simple vista pareciera una larga lista de tareas, pero no es así. Es vivir cada día con la conciencia plena de controlar nuestros pensamientos y sentimientos y enfocar nuestra voluntad hacia el bien, para poder ser ese modelo que necesitan los hijos.

Una herramienta fundamental en la valoración de la vida es explicar a los niños su origen sagrado, la inviolabilidad de la misma y la expresión taxativa de Dios en el cuarto mandamiento: “no matar”.

Continúa la tarea educadora en la escuela. El niño comienza su interacción humana con otros semejantes ajenos a su núcleo familiar. En ese ambiente además de reforzar los valores que se van inter-

nalizando en el hogar, los modelos en este caso que son los docentes, deben tener exagerado cuidado en fortalecer el proceso de socialización sin favoritismos ni privilegios que creen resentimientos en los más desfavorecidos socialmente. Trabajar en las aulas el valor de la vida como regalo de Dios y como el medio de realización humana al que todos tiene derecho, forma parte de los ejes trans-

versales del currículo al igual que todos los demás valores.

Empieza por experimentar la alegría de vivir, por agradecer cada día que vives, por sentir como funciona cada órgano de tu cuerpo, por la grandeza de haber podido dar vida y conviértete en un mensajero de la vida, haciendo llegar a otros tu experiencia.

